

Los jóvenes Ni-Nis. ¿Estamos realmente ante una generación perdida?

A parte de nuestra actual juventud se le ha colgado el cartel de NI-NIS, jóvenes que ni trabajan, ni estudian, ni buscan empleo. ¿Es cierto o más bien es una rotunda y brillante calificación de nuestros actuales analistas sociales? De ahí a decir que son una generación perdida solo media un paso. Lo que ciertamente es parte de nuestra juventud es una generación de Parados, parados con P mayúscula. Generación de Parados que proyecta, a su vez su problemática, sobre una sociedad también NI-NI, una sociedad que ni ayuda ni comprende. Cambiar las tornas y hacer de nuestra juventud una generación con futuro, con trabajo y cada vez más solidaria, además de una oportunidad en medio de la crisis, es y será tarea de todos.

A los ojos de un joven, el mundo actual es un lugar en que hay demasiados problemas, demasiadas crisis, demasiados riesgos. En los medios de comunicación, cada día, oyen hablar de crisis y recesión económica, paro, problemas medioambientales, terrorismo globalizado, conflictos armados y desastres naturales devastadores. No es de extrañar que las encuestas más recientes señalen la existencia de un marcado pesimismo entre los jóvenes, cuando cerca de la mitad de ellos declaran falta de confianza en un futuro prometedor; incluso con independencia de la crisis en que nos hayamos inmersos.

Son muchos los artículos periodísticos y de investigación científica que hablan de una *generación perdida* y un tipo de jóvenes denominado *ni-nis* (jóvenes que ni estudian ni trabajan ni buscan empleo). El término NiNi se toma del inglés NEET (*no employment, education or training*) y el concepto aparece por primera vez en 1999 en el informe *Bridging the Gap* de la Unidad de Exclusión Social del gobierno del Reino Unido. En este informe, los NEET venían a representar alrededor de un 9% de los jóvenes, siendo la mayoría jóvenes de 16 a 18 años que acababan su etapa de educación obligatoria. Cuando el término se aplica en España, en los últimos años, abarca un rango de edades más amplio y una diversidad de circunstancias vitales bastante difícil de precisar empíricamente, si se quiere ir más allá de los datos de ocupación, por lo que algunas de las cifras que se dan resultan poco fiables.

Se ha hablado de *generación perdida* por tratarse de una generación que verá más dificultades que sus precedentes anteriores para ver cumplidas expectativas tan elementales como la emancipación del hogar paterno, vivienda propia (alquilada o no), un puesto de trabajo que permita un nivel de vida similar al que sus padres tuvieron y al que están lógicamente acostumbrados. Más que perdidos, diríamos que están «unidos en el descenso», pues son muchos los que piensan que van a tener dificultades para igualar un nivel de vida similar al que tenían sus padres, en muchos casos sin lograrlo. En términos generales, el hecho de verse abocados a un menor consumismo forzoso, no tendría por qué suponer un retroceso socialmente hablando, ya que es bien sabido que los niveles de consumo de esta sociedad, que llega al derroche de recursos y al endeudamiento extremos con suma facilidad, son poco sostenibles a largo plazo. Sin embargo, desde las microhistorias y las peripecias vitales de los que sufren estos cambios, ciertamente hay situaciones que tienen gran impacto en la vida personal y la adaptación o readaptación a las mismas no viene a ser asunto fácil.

Más que una generación perdida —perdidos estaríamos todos ya que el futuro es de ellos—, diríamos que es una generación con una «P de parados», que sufre enormemente no sólo el paro, sino también la excesiva temporalidad de los empleos; hay quienes llegan a ser contratados por días contados. Algunos medios hablan de una «generación noqueada» en la que vemos el rostro del esplendor perdido y del derrape económico, sufridores en primera línea de la destrucción de empleo, pues el 93% de los empleos destruidos desde el pinchazo de la burbuja española corresponde a menores de 35 años.

Una gran parte de estos jóvenes no estaría entre los supuestos NiNis, ya que no son directos responsables de su situación, no es que no quieran trabajar, es que no encuentran empleos estables y seguros. Sin embargo, dentro de este sombrío panorama, como señala el sociólogo Gil Calvo, puede inspirar cierta esperanza el hecho de que muchos de los expulsados estén retomando los estudios.

¿Cuántos y quiénes son realmente esos jóvenes que ni estudian ni trabajan ni buscan empleo? La última Encuesta de Población Activa (INE, EPA 2010, cuarto trimestre) arroja casi un millón de menores de 25 años desempleados, en paro o buscando su primer empleo (un 30% del total frente a una media en la UE del 21%). Partiendo de la misma encuesta se puede deducir que, en el cuarto trimestre de 2010, cerca de 75.000 jóvenes de 16-24 años *ni estudian ni trabajan ni buscan empleo*, lo que supone el 2% de los jóvenes de 16-19 años y el 5% de los de 17-24 años. La Comisión Europea eleva la cifra a más del 14%, situando a España, junto a Bulgaria, Italia e Irlanda, como los países con más jóvenes en situación de NiNis; explicándose la diferencia de cifras con la EPA en que la Comisión toma en cuenta también a los jóvenes parados.

Carecer de empleo puede tener consecuencias graves sobre la salud mental y la integración social de los jóvenes, como han probado diversos estudios realizados fuera de España. La falta de expectativas de acomodo en el mundo laboral durante las etapas finales de formación de la personalidad y adaptación a la vida adulta también es un asunto grave que ha de ser tenido en cuenta. Deberíamos tener presentes ambas cuestiones antes de construir o dar credibilidad a definiciones que identifican a los jóvenes únicamente con la apatía, el desinterés, la falta de disciplina, como a veces se presenta en la literatura académica y más aún en los medios de comunicación.

La sobresimplificación de cualquier problema es un mal principio para abordar su estudio riguroso. Esta forma de conocimiento no nos ayudará a situar dicho problema en el contexto social y natural, rico y profundo, en el cual se enraíza. Con frecuencia los medios de comunicación, en su afán de lanzar titulares llamativos y lógicamente breves, hacen un flaco favor a la construcción de imágenes sociales y conceptos útiles para la explicación y análisis de la realidad.

Así ocurre cuando se habla de los jóvenes como una *generación perdida* o *generación Ni-Ni*. Y, sin embargo, su alcance a la hora de formar

opiniones e incluso nuevas creencias es enorme, pues el medio da credibilidad al mensaje. Es posible que se haya empezado a hablar de la «generación perdida» en los medios, fuera de España, por referencia a una serie de televisión de gran éxito entre los jóvenes de todo el mundo (su título original es *Lost* y «*Perdidos*» en su adaptación al español) de cuyo fin en el año 2010, después de más de un lustro en antena, se hicieron mucho eco los medios de comunicación. En cualquier caso, más vale que no sea una generación perdida en el sentido que se viene oyendo hablar en los medios de comunicación, pues perdidos estaríamos todos, ya que el futuro lo han de hacer ellos.

¿Qué se sabe verdaderamente sobre esta llamada generación NiNi? Partiendo de que dudosamente esta etiqueta identifique a un sector mayoritario entre los jóvenes, se sabe bastante poco, por lo que el estudio de las causas de los problemas que enfrentan los jóvenes debería ocupar mayor atención social desde diversas instancias sociales, para facilitar la búsqueda de posibles formas de abordar los problemas y circunstancias que llevan a los jóvenes a la indiferencia en este plano laboral-educativo. No es sencilla la respuesta al por qué abandonan el estudio o pierden la motivación e interés por trabajar; como ya se dijo antes, el desempleo de larga duración y la precariedad laboral pueden tener consecuencias muy negativas en la salud física y mental, afectando al estado anímico gravemente. Es necesario investigar sobre estos problemas y, concretamente, sobre las repercusiones que puede tener este contexto tan desfavorable en integración laboral sobre la educación, la salud física y mental, o las relaciones sociales de los jóvenes.

Parece justo insistir en que es sumamente necesario aumentar la investigación y la reflexión pública sobre el desempleo y precariedad laborales juveniles, fracaso escolar y deficiencias educativas, distanciamiento de las instituciones y visión pesimista de la vida y la desconfianza en los demás, que han ido tan en aumento en los últimos años entre la población juvenil, al decir de diversos estudios. También es necesaria una mayor intervención política a todos los niveles, no sólo gubernamental, sino por parte de las instituciones y agentes sociales que tienen responsabilidad pública en estos campos. Es necesaria más intervención social, para prestar apoyo directo a los jóvenes que sufren estos problemas así como para fortalecer a sus familias que los cobijan y nutren en tantos sentidos. Si no se avanza por este camino, quien puede llegar a estar perdida es nuestra sociedad, por no actuar rápido

ante la grave situación que enfrentan los jóvenes; podría ser la sociedad NiNi, que *ni* ayuda, *ni* comprende.

Como se escribió en un anterior editorial de esta revista sobre los llamados *objetivos del milenio* (octubre 2010), ¿cómo pueden los políticos responder a objetivos como la reducción de la pobreza y la justa distribución de los recursos cuando en el mundo no son capaces de solucionar los problemas del desempleo de sus propios ciudadanos? Sin duda los jóvenes son sufridores y herederos de un contexto socioeconómico de crisis y recesión, gestionado por gobiernos que poco les han tenido en cuenta en estos últimos años. La cuestión ahora es si hay vías para mejorar tan desfavorable situación y cuáles son éstas. Se puede proponer, entre otras y en primer lugar, aquellas que favorezcan de alguna manera la integración progresiva en el mundo laboral, en condiciones de cierta justicia salarial y ofreciendo suficientes oportunidades al desarrollo profesional; seguidas de políticas orientadas a mejorar el sistema educativo, a todos los niveles; o medidas que favorezcan a las familias que apoyan a jóvenes desempleados, fiscalmente por ejemplo.

Por otro lado, si estamos de acuerdo con que se trata de una generación que percibe, cada vez más, que vivirá peor que sus padres, puede que ciertos valores juveniles que han reflejado con claridad recientes informes sobre los jóvenes españoles (Instituto de la Juventud, Fundación Santa María) como el consumismo, el conformismo ante el futuro, la falta de participación e involucramiento en la política, el bajo compromiso en cuestiones medioambientales, den paso a otros valores más pragmáticos ligados con el esfuerzo y a otras formas de afrontar un futuro en el que no lo tendrán fácil. Esta es otra vía para abordar los problemas, el apoyar la formación de nuevas actitudes entre los jóvenes. Como se dijo en un reciente congreso sobre jóvenes y valores, lo importante es llegar a ver la crisis como un momento idóneo para el cambio y la evolución, que quizás pase por recuperar valores soslayados notoriamente desde los años 90 en adelante, como la previsión ante el futuro, el esfuerzo, el compromiso con causas sociales solidarias y la participación en la comunidad, entre otros. En este sentido es notable observar en las encuestas cómo una mayoría de jóvenes españoles estarían dispuestos a colaborar como voluntarios en organizaciones no gubernamentales, pero son relativamente pocos los que lo hacen, si se compara con otros países europeos como Alemania, Francia o el Reino Unido.

Posiblemente estamos ante una generación que, a medida que los problemas se hacen mayores, se verá obligada a madurar cuando conscientemente afronte los desafíos y riesgos que les está planteando la sociedad en que viven, lo que les llevará a tomar posiciones, a formar actitudes nuevas para dar respuesta a nuevos problemas. De esta forma, cada vez les resultará más difícil mirar hacia otro lado y no sentirse responsables también. Si así fuera, se daría un paso adelante hacia nuevas formas de vida, quizás más equilibradas socialmente y que reflejen también una mayor armonía con el mundo natural, integrándonos mejor en esta biosfera de la que irrenunciablemente formamos parte. ■